

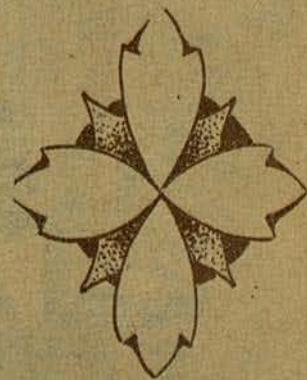
Jueves Cinematográfico
de
El Día Gráfico



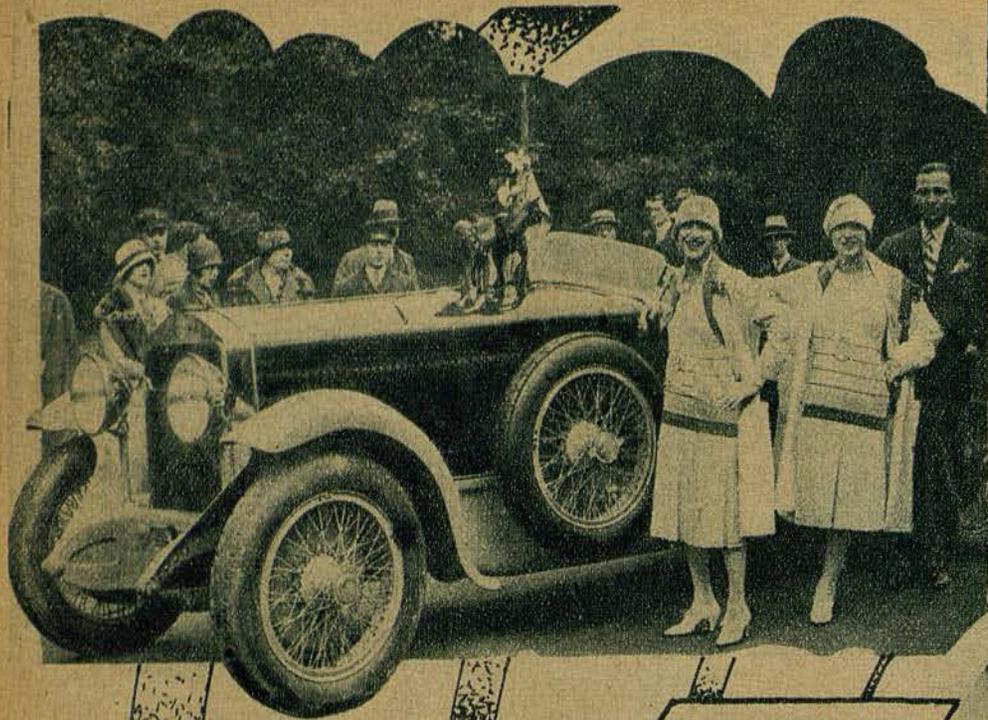
Num. 97

Enero
17

\$29



PAUL VINCENTI, NUEVO
ACTOR ESPAÑOL DE FOX
FILM, EN «LA MUJER
ENIGMA»

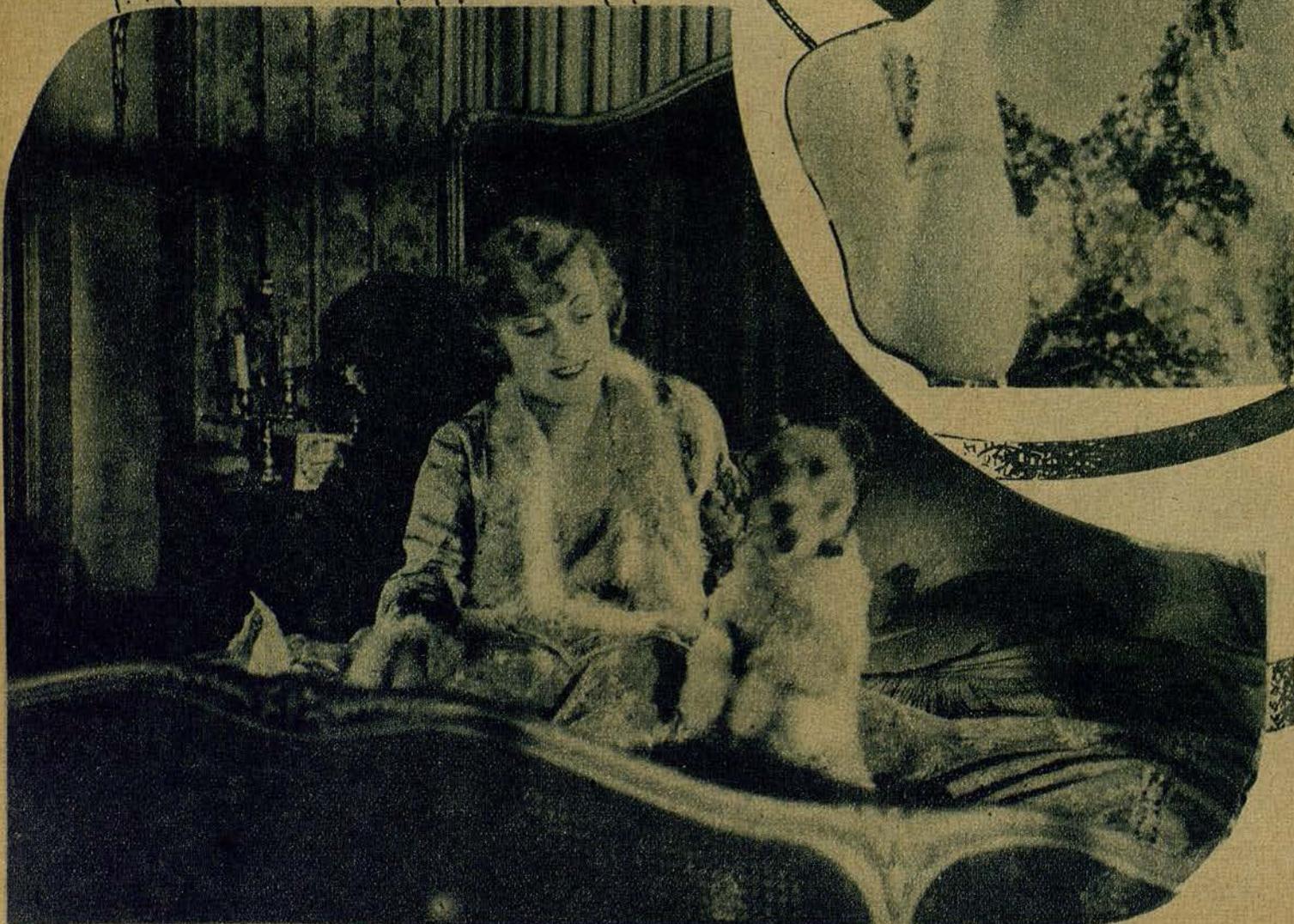


LAS DOLLY SISTERS, FAMOSAS ESTRELLAS DEL MUSIC-HALL, QUE HAN DEBUTADO EN EL CINE, OBTENIENDO UN RUIDOSO TRIUNFO

NUEVAMENTE CHARLOT SE CASA. HE AQUI A MISS GEORGIE HALE, LA FUTURA ESPOSA DE CHARLIE CHAPLIN



DANIELLE PAROLA, LA GENTIL ESTRELLA, CON AIME SIMON-GIRARD, EN LA DELICIOSA COMEDIA «LA PRINCESA DE OPERETA», DE SELECCIONES GAUMONT DIAMANTE AZUL





EN UN RECIENTE FILM
DE LA U. F. A., APARE-
CE ESTE INTERESANTE
TIPO, DE PURA RAZA
TIBETANA, QUE HACE
DE SU PAPEL UNA
CREACION

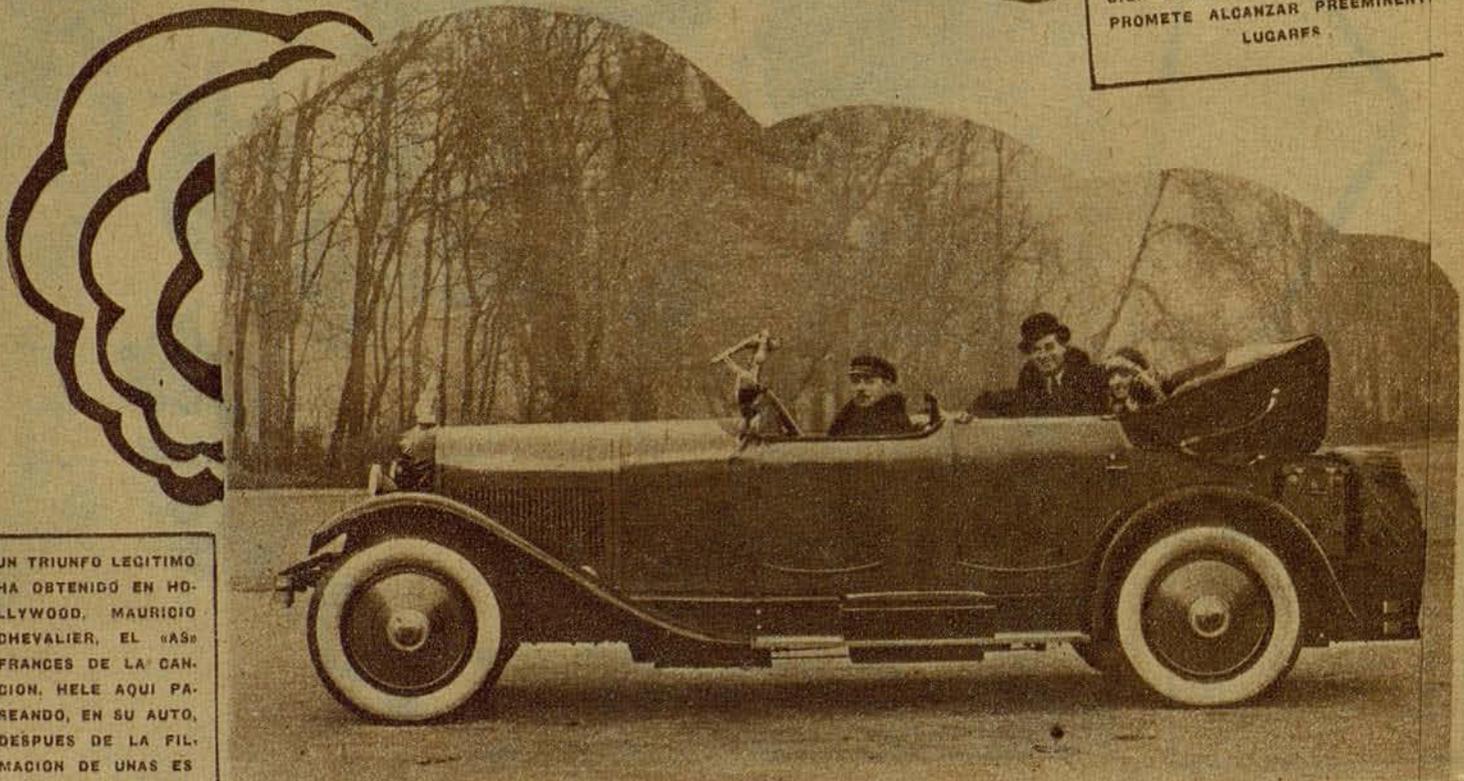


ES THELMA TODD,
RIVAL DE MARY
DICKFORD, QUE AUGU-
RAN QUE SUCEDERA A
Ella EN EL TITULO
«LA MAS BELLA IN-
DIANA DEL MUNDO»



HA NEVADO EN HOLLYWOOD, Y LAS EXTRAS HAN GOZADO DE LO LINDO CON LOS ENCANTOS DE LA NIEVE

NITA LORNE, LA MAS EBLLA DE LAS BAILARINAS FRANCESES, SE HA DEJADO TAMBIEN SEDUCIR POR LA ATRACCION DEL ARTE MUDO, EN EL QUE PROMETE ALCANZAR PREEMINENTES LUGARES



UN TRIUNFO LEGITIMO HA OBTENIDO EN HOLLYWOOD, MAURICIO CHEVALIER, EL «AS» FRANCÉS DE LA CANGION. HELE AQUI PASEANDO, EN SU AUTO, DESPUES DE LA FILMACION DE UNAS ESCENAS

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL CANTO DEL PRESIDARIO

Adaptación de la novela de Leonard Franck

En el año 1917, lejos, muy lejos, allá en Siberia, había dos prisioneros de guerra alemanes que habitaban una cabaña a orillas de un caudaloso río. Allí vivían, si es que vivir era aquello, sin vigilancia, en medio de aquellos desérticos y desolados parajes. Como es lógico suponer, una profunda amistad les unía. Richard, el de más edad, hablaba sin cesar del país, del hogar abandonado, de la esposa desamparada hacía tres años por cumplir un deber sagrado.

—A esta hora, mi mujer—decía con tristeza—, estará preparando la comida.

—Entonces, por no ser menos, yo prepararé la nuestra—replicaba Karl a su compañero—; enciende el fuego mientras voy a por las provisiones.

—Karl, ya casi no recuerdo los rasgos físicos de mi mujer.

—Ana tiene los cabellos castaños... y unos hermosos ojos negros; ahora, casi la conozco tan bien como tú, después de unos setecientos veintinueve días que no hacemos otra cosa más que hablar de ella.

Sin embargo, una profunda nostalgia se había desarrollado en el corazón de los prisioneros, impulsándoles a la fuga.

Una tarde, Karl y Richard abandonaron su choza y se metieron de lleno en la inmensa estepa. Muy pronto—¡ay!—el hambre, la sed y el frío empezaron a obstaculizar la marcha de los evadidos.

A diez kilómetros de la frontera, Richard cayó, en manos de una patrulla, mientras que Karl, más diestro, conseguía escapar; durante semanas y meses el evadido volvió a hacer prisionero sufrió horriblemente bajo una férula de hierro, bajo un régimen inmisericorde.

Una vez en libertad, Karl, completamente transformado, se dirigió a Hamburgo en donde a poco de llegar se presentó en casa de la mujer de Richard.

—Buenos días doña Ana. Soy Karl. ¿Sabe usted? Karl, el amigo de Richard, su compañero de cautiverio. Hace dos años que nos separamos.

—Y yo, hace dos años justos que no tengo ninguna noticia de él. Aquí

tengo su última carta que voy a leer a usted:

...Y así, fué como caí prisionero por segunda vez. ¿Dónde está mi amigo Karl? ¿Qué ha sido de él? Y yo, ¿en qué terminaré y cómo? ¿Cuándo te veré? Sólo Dios lo sabe, pero nuestro acendrado amor y mi pensamiento que no se aparta de ti un momento darán valor para soportar el cautiverio a tu, Richard.

Después de la lectura de estas líneas permanecieron ambos largo rato callados.

De pronto, exclamó Karl:

Y contó con toda clase de pormenores, a la joven, las horas de dolor pasadas en Siberia.

Había muchos días en que tanto Richard como yo, sentíamos deseos de arrojarnos al río, a orillas del cual se alzaba nuestra miserable choza.

—¿No había ninguna persona por allí cerca?

—Nada; la inmensidad de la estepa por toda compañía. Guardábamos como un tesoro un bote que utilizábamos con frecuencia para pasar a la otra orilla, pero nadie lo utilizaba más que nosotros, excepción hecha de nuestros carceleros cuando venían todas las semanas a aprovisionarnos o cuando conducían prisioneros a las minas de plomo. Recuerdo que muchas veces Richard, su marido, cantaba la conocida copla titulada «El canto del presidiario».

Ana lo escuchaba, con los ojos fijos en el vacío como si este canto evocara la silueta de su infortunado marido, curvado bajo el peso de sus cadenas.

Cuando terminó, inició un movimiento hacia la puerta de la modesta habitación como para marcharse.

—Me voy—dijo Karl—porque tengo que buscar una habitación para esta noche.

—No se moleste; puede usted dormir aquí; mientras preparo la cena, arréglese un poco.

Y Karl aceptó aquella oferta, sencilla pero sincera.

Los días se deslizaban tranquilamente; Richard estaba lejos... quizá muerto; insensiblemente aquellos dos jóvenes se sintieron atraídos, pero el recuerdo del ausente les obligaba to-

avía a sostener una fiera lucha contra sus deseos.

Una tarde, sin embargo, Karl dijo a Ana:

—Señora Ana, esta noche hay un gran baile allí en frente. ¿Vamos?

—Si usted me lleva..

Al entrar se abrazaron por primera vez. Un grito desesperado interrumpió aquel cálido beso de amor, tan largo tiempo contenido. Separáronse y miraron hacia el sitio de donde había partido: Richard estaba allí, como idiotizado de dolor asistiendo al derrumbamiento de su dicha.

En completa libertad volvía a su hogar buscando las alegrías de tiempos pretéritos para vivir al lado de su esposa, tan cariñosa, tan buena y tan amada, y asistía a la traición de su antiguo camarada.

La emoción era superior a sus fuerzas. Una palabra, una sola palabra, pronunciaron sus labios:

—¡Ladrón!..

—¡Richard... escúchame, querido amigo, yo te juro—dijo Karl señalando a Ana que estaba deshecha en un mar de lágrimas—, te juro que es digna de tu amor y yo de tu amistad..

Pero el ex prisionero, no se avenía a razones, no escuchaba; la cólera, mala consejera, le dictaba injurias e improperios, mientras su mano buscaba un arma.

Luego, de pronto, como si los recuerdos del pasado le hubieran hecho oír la voz del corazón, se detuvo, dejó caer pesadamente en el lecho allí próximo, y, después de pasar su mano por la frente, como intentando alejar una horrenda pesadilla, lloró amargamente.

Ahora comprendía que la vida tenía sus derechos, que imperativamente reclamaba, y que el corazón de Ana le había escapado sin esperanza de poder reconquistarlo de nuevo.

Por fin, después de algunos instantes de vacilación, partió, sin un gesto de amargura, sin una palabra de reproche. Abandonó para siempre aquel hogar que había sido el suyo, y dejó a Karl y Ana formarse una nueva existencia, bajo el signo de su doble amor.

Los acróbatas de "Varietés"

Los innumerables espectadores que han visto Varietés no habían olvidado la impresionante escena de acrobacia en el trapecio volante, que era el "clou" de esta hermosa producción. En esta escena, Jannings, Lya de Putti y Warwick Ward, fueron "doblados" por el mejor trio de trapeceistas volantes del mundo: los Codona.

Penetramos en un gabinete de artista, de un gran actor parisién. En él encontramos, vestido con una bata oscura bajo la cual se vislumbra un esbelto cuerpo envuelto en un «maillot» de seda color marfil, a Alfredo Codona, campeón del mundo de la pirueta aérea, que espera su turno de salir a la pista.

Fino, bien proporcionado, fuerte y musculoso como un leopardo, ojos claros y cabellos castaños espesísimos. Codona haría un galán joven de cine estupendo... Sin embargo, prefiere el trapecio volante. Ocupación, oficio de arte peligroso, es verdad, pero que proporciona a los hermanos Codona la bonita y apreciable suma de millón y medio de pesetas por año...

—Ejecutábamos nuestro número en Wintergarten, de Berlín — me dice Alfredo Codona — cuando un buen día se nos presentó el «metteur» señor Dupont a proponernos un contrato para rodar las escenas acrobáticas de «Varietés». Durante varias semanas consecutivas trabajamos para la pantalla, y le aseguré que no exagero si le digo que trabajábamos mañana y tarde, casi sin descanso. Muchos días, la toma de vistas duró hasta medianoche...

—¿Trabajaban en el Estudio con decorado «ad hoc»?

—No... en Wintergarten mismo. Para poder filmar la sala y los trapecios, colocados en la parte más alta, se había construido inmensos andamios al final de los cuales se colocaron los operadores con sus cámaras y sus «sunlights». Abajo, las butacas, palcos y proscenios estaban llenos de figurantes... ¿Recuerda usted, en el film, de aquel mar de espectadores que se veían desde arriba? ¿De todos aquellos rostros angustiados que seguran con la vista los movimientos del trapecio?

—Sí... hubiera jurado que aquellas escenas estaban tomadas desde un trapecio en movimiento...

—Y lo estaban, en efecto — me dice Alfredo Codona —. Se fijó una cámara que funcionaba automáticamente, sin operador, en el trapecio de mi hermano Laló. Por encima de mi cabeza sobre mi propio trapecio, una barra horizontal sostenía otra cámara. Además y para ciertos extremos

del film, yo llevaba una cámara atada sobre el pecho, mientras me balanceaba encima del público, suspendido de los pies, cabeza abajo, a treinta metros del suelo. Entiéndase, desde luego, que este procedimiento no fué empelado más que para tomar vistas de la sala; no para la ejecución de nuestro número...

A pesar de toda mi buena voluntad — añade riendo Alfredo —, no hubiera podido ejecutar el triple salto mortal con el aditamento de un enorme armatoste atado encima del estómago...

...Un detalle me dejaba bastante perplejo: en el circo los Codona hacen este maravilloso número teniendo bajo sus trapecios y campo de acción una red finísima que medio garantiza su seguridad en caso de caída. ¿Dónde estaba dicha red en «Varietés»?

Asombrado por esta pregunta, un poco peliaguda, Alfredo, antes de contestar arquea las cejas y abre los ojos desmesuradamente, como si le causara estupor.

—No había red — me dice con naturalidad. Allí, precisamente estaba el intrínquis del drama: el desfallecimiento de «portador» debía causar inevitablemente la muerte al «saltador». Con red hubiera desaparecido todo el interés dramático, toda la emotividad del film. Hicimos nuestro número «sin red» durante dos días en la cúpula del Wintergarten, a treinta metros del suelo: salto sencillo, salto mortal, doble y triple salto mortal y por último doble salto mortal con los ojos vendados y la cabeza dentro de un saco...

—¡Mira que si llega usted a caer!...

—No era fácil — responde sencillamente Codona. Trabajo generalmente seis meses consecutivos todas las noches sin caer una sola vez. Confieso, no obstante, que sin red tuve una ligera aprensión. Única-

mente con mi hermano Laló soy capaz de trabajar en estas condiciones, ya que mi vida depende tanto de mi destreza como de la suya...

—Pero para la pantalla, supongo que el doble salto mortal, con los ojos vendados habrá sido un «truco», ¿verdad que usted no estaba completamente ciego?

—¿Truco? ¿Para qué? Tan difícil es el salto vedado como a ojos descubiertos — dice Codona —; y añade: ¡Sé los movimientos que he de ejecutar «de memorias»!...

Ahora, el pequeño de los Codona me habla de los intérpretes de «Varietés».

—En mi contrato había una cláusula obligándome a dar lecciones de trapecio a Jannings, Warwick Ward y Lya de Putti, durante tres semanas — me dice —. Para todas las escenas tomadas de cerca era precisa su presencia en el trapecio y la «posse», como es lógico, de verdaderos acróbatas, capaces de ejecutar ciertos movimientos muy sencillos, pero que requieren una larga práctica. De esta manera pudieron rodar muchos primeros planos en el trapecio, no sustituyéndoles nosotros más que en la escena del volteo y saltos...

Con entusiasmo cada vez más creciente y verdadera animación Alfredo me cuenta la presentación de «Varietés» en Berlín y el éxito rotundo alcanzado por dicho film...

—¿Le gusta a usted, pues, trabajar para la pantalla?

—¡Oh! sí... El trabajo es evidentemente más fatigoso que en el circo y más peligroso, y las cegadoras luces de los «sunlights» nos molestan mucho... Pero es para nosotros un placer enorme, colaborar en un hermoso film... Después de trabajar en «Varietés» lo hemos hecho durante catorce semanas con el «metteur en scènes» señor Murnau, en Hollywood, en el film «Los cuatro diablos» cuya «vedette» es Janet Gaynor...

Antes de despedirme, pongo sobre el tapete a Codona una cuestión muy delicada:

—¿No le causa extrañeza a usted, que ya que ha rodado, su nombre no se cite en la distribución al lado del de los intérpretes del film?

—No me hable de este asunto — dice el joven acróbata con un aire de cómica aflicción. Figúrese usted que fui tan tonto que prohibí terminantemente que mi nombre fuera citado en el film «Varietés»...

Un agente de publicidad me persuadió de que si el film se revelaba mediocre, sería un mal reclamo para los Codona el haber participado en él. Cuando posteriormente vi el valor del film y su éxito mundial tuve un profundo sentimiento... ¡Aquello era una publicidad que valía más de cincuenta mil dólares!

C. DORE

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 161)



RICHARD DIX
(Por Enrique Pulg-José Planella,
de Barcelona)

Mi mayor descubrimiento cinematográfico: Cómo hallé a Jackie Coogan

por CHARLIE CHAPLIN

Una noche, en 1918, fui a parar casualmente al Teatro Orfeo, de Los Angeles. Annette Kellermann — la famosa nadadora australiana y experta zambullidora que acababa de llevar a cabo su travesía de la costa occidental de una manera apoteósica, para celebrar su éxito trajo a la escena un muchacho de cuatro años, el hijo de su director, que había estado divirtiendo a los artistas con diversas danzas que había imitado de su padre.

El muchacho de referencia era Jackie Coogan. Deleitaba hasta tal punto con sus actitudes a los actores del Teatro Orfeo, que acabada su representación no acababan de decidirse a abandonar el teatro.

Por lo que respecta a mí, este incidente tenía mayor importancia, pues hacía algunos años que me había visto obligado a aplazar una y otra vez la realización de mi proyecto de filmar la historia titulada «El Cabrito» por no haber podido hallar el muchacho que reaniera las condiciones necesarias para representar el papel principal. Una verdadera casualidad ponía ante mí el Muchacho que me precisaba. Dos semanas más tarde visité a los Coogan y fui presentado a Jackie por Sid Grauman, maestro de representaciones de California, que había conocido a la señora Coogan como comedianta en San Francisco.

El padre de Jackie había empezado la carrera teatral a la tierna edad de diez años y fué subiendo por escalón la escalera de la fama en el arte de la zarzuela.

Poco después del nacimiento de

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 162)



DOUGLAS FAIRBANKS
(Por Pedro Matamala P., de Palamós)

Jackie en Los Angeles, en octubre de 1914, los Coogans volvieron a Nueva York y allí fué donde Jackie se presentó por primera vez en las tablas en un teatro del barrio alto de Broadway. Su padre estaba trabajando en una escena cuando notó que el público se mostraba muy interesado y divertido por algo que sucedía entre bastidores. Miró a su alrededor y vió a su hijo de veinte meses de edad que se dirigía hacia él. Su madre se lo había llevado al teatro aquel día y en un momento de distracción, sintiendo sin duda el pequeño deseo de hablar a papá, sin preocuparse del deslumbrante resplandor de las bambalinas, ni de los millares de espectadores que le contemplaban, se decidió a acercarse a su progenitor. Con el rápido acierto del actor experimentado, Jack padre dominó la situación en un momento y presentó su hijo al auditorio.

Fueron tan naturales la expresión y gestos del pequeño que el público creyó que aquel incidente había sido preparado de antemano como parte del programa.

Esta falta completa de convencimiento propio es una de las cualidades más apreciables de Jackie. Ni siquiera después del éxito extraordinario que obtuvo en la película «El Cabrito» («The Kid») y en otras posteriores en las que aparecía bajo la dirección de su padre, se dió la menor cuenta de que se había convertido en un artista famoso.

Estoy convencido de que a Jackie le gustaría mucho más dedicarse a los juegos infantiles que a actuar en el film. La película «El Cabrito» era para él un admirable juego de simulación que llegó a tomar con cariño y que representaba con la naturalidad infantil más completa, pues Jackie es, ante todo, un verdadero niño. Recuerdo que un día, durante el ensayo de una película, Jackie, después de haber oído con paciencia diversas advertencias del Director, corrió hacia su padre y cogiéndole por una mano le dijo con voz de súplica:

—Papá, no logro entender ni pizca de todo eso. ¿Puedo salir para ir a jugar?

Apenas hubo obtenido permiso, salió disparado como una bala hacia su campo de recreo favorito, un patio en la parte exterior del Estudio donde durante media hora el pequeño actor hacía aficos una porción de valiosos juguetes que le había sido regalados por personas venidas de todas partes del mundo.

Su padre me manifestó que es un lector constante y que a pesar de su tierna sencillez y de su afición por

los juguetes, posee un don extraordinario de comprensión reflexiva.

Sentí por Jackie un verdadero interés desde el primer momento y durante los ensayos efectuados para filmar «El Cabrito», me cautivó de tal modo que no he podido nunca más apartarme de él.

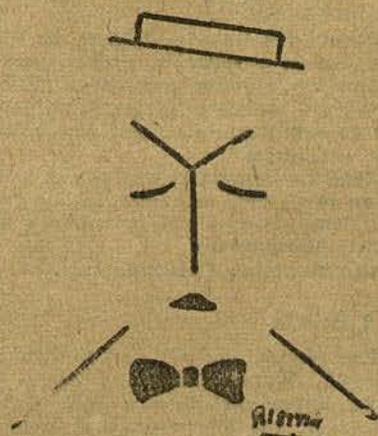
En cierta ocasión en que dirigía yo una escena sentimental en la que Jackie aparentaba llorar, sus lágrimas me parecieron tan reales y me conmovieron tanto, que no pude resistir la emoción y me vi obligado a entregar el megáfono a su padre.

Muchos otros se han sentido igualmente emocionados por la sinceridad de Jackie. Hay algo en este chico — me dijo en cierta ocasión una señora — que me conmueve extraordinariamente. No sé por qué tiene esa sorprendente disposición para la ficción teatral. En sus anchos ojos infantiles hay aquella sincera inocencia que el artista francés Greuze supo representar con admirable perfección en sus cuadros y que la cámara fotográfica ha copiado para admiración de los amantes de los niños.

En la amistad de Jackie, para mí, hay un agradable calor de lealtad profesional que me emociona. Hace unos pocos años, antes de que hubiese cortado su cabello y antes de hacerle la mueca del juicio, hubo alguien que le preguntó quién era, a su parecer, el mejor actor del mundo. «Charlie Chaplin» — contestó sin titubear, Y ¿quién es el segundo actor del mundo? — insistió su interlocutor. «Pues Jackie Coogan, naturalmente!»

(Reproducción reservada. Facilitada por la Anglo - American N. S.)

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 163)



BUSTER KEATON
(Por Enrique Alsina Imbert, de Barcelona)

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

IPOBRE LE SAINT!

Leemos en un colega extranjero que el célebre operador Lucien Le Saint se ha quedado ciego y, lo que es peor, en la más espantosa miseria.

Mucho lo lamentamos, ya que Le Saint, mientras no nos demuestren lo contrario, era el verdadero «as» de la cámara, el héroe de los reportajes cinegráficos, el verdadero caballero, sin miedo y sin tacha, de la manivela.

Todos los asiduos lectores de este suplemento recordarán sin duda sus reportajes cinegráficos, publicados, aun no hace un año en estas columnas, de su estancia en Terranova entre los pescadores de bacalao y, en Tierra de Fuego, de cuyas desiertas playas hizo la única documental que existe. Le Saint, fué el heroico operador que despreciando todos los peligros, encaramado en un tejado, filmó la entrada de los alemanes en Amiens, documental única que existe y que dice más que un tratado de historia.

¿Hay algo más trágico y horrible que lo que le ocurre a Le Saint? Sus ojos plétóricos de bellas imágenes, ebrios de luz, se han cerrado a fuerza de ver...

Se ha formado un Comité para socorrer a este desgraciado... ¡No es bastante! Un hombre tan grande no puede aceptar una limosna sin mermar su dignidad. Es preciso que las almas buenas y compasivas bafien con su luz los párpados eternamente cerrados de este vencido de la vida, de este infortunado artista, que no obstante su eterna noche concebirá como antes sus grandes obras sin poder jamás ejecutarlas... ¡Primero René Cresté, ahora él..

MAS SOBRE MARQUINETTE BOSKY

Dicen, que cuando después de algunos días de navegación, pesada, pasadísima en algunos momentos, Mlle. Bosky vió las costas africanas cubiertas de exuberante vegetación, exclamó: —¡Tierra!

René Le Somptier, que por lo que se ve es un gran chungón, ¿saben cómo llamó desde aquel momento a la gentil Marquissette?

«Cristobalina Colombinetal».

...Y SIGUE

Por cierto, que allí, entre Banki, Bangui, Kuno, Togbao, Changui y otras importantísimas y bellas poblaciones, fué Marquissette el «clou» de todas las grandes reuniones «del gran mundo» ecuatorial, llamando la atención por su indumentaria; se la obsequió con un banquete, amenizado por un jazz band auténtico, con gritos, estridencias, pataleos, bocinazos y toda la hermosa gama de sonidos

que matizan estas orquestas o lo que es más a la propietaria, que ha estado en un tris de morir en el accidente.

Luego hubo un te en su honor en la choza de un jefe congolés, que la obsequió con un sin fin de regalos de mucho mérito: estatuitas de dioses de oro macizo; animales tallados en piedras rarísimas, «bibelots» de hueso...

Estos últimos parece que los tomó

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 164)



RAMON NOVARRO

(Por José Domínguez Lagarriga, de Barcelona)

con algún recelo, porque ivamos... ya me entiendan!..

Allí para comerse a uno, no necesitan más que tener buen apetito...

Por si acaso, los susodichos «bibelots» se los regaló a Le Somptier, que no es nada aprensivo...

UNA ALHAJA

Polly Moran, artista cómica de la Metro Goldwyn, tiene un auto que si no es una alhaja, parece por lo menos un estuche, ya que su propietaria es una joya de incalculable valor.

Pues bien; dicho auto que no tiene más que un metro veinticinco centímetros de largo, y que no obstante su pequeñez alcanza los sesenta kilómetros por hora con la mayor facilidad, le ha gastado una broma pe-

¿Mordedura? Sí, señores; mordedura y en una de sus esculturales pantorrillas; ahora que los dientes no pertenecían a ningún ser viviente, sino a un engranaje de su automóvil, que los tenía tan bonitos, tan diminutos, y tan afilados, que las señales que dejaron fueron tan naturales que engañaron al galeno...

¡OH, JOHN!

Barbara Kent, que es una de las «vedettes» que con más fuerza se destacan en Hollywood, ha recibido para Reyes, o mejor dicho, le ha regalado John Gilbert (Melchor, Gaspar y Bartasar, en esta ocasión), un extraño fetiche consistente en un pollo «cubista» con unas patas inmensurables terminadas, claro está, en unos pies calzados con riquísimos zafatos de charol de un brillo deslumbrante.

Excusamos decir que miss Kent está orgullosa con el regalito y más, viniendo de la parte que viene.

«—Yo no sé si esta mascota me dará suerte—decía—, pero la llevaré conmigo siempre que trabaje. De todos modos su manutención me costará poco dinero!..»

FIN

Charlot, el artista genial que en cada producción descubre una estrella (por algo le llamamos el «Flamarión de Hollywood»), acaba de descubrir otra, que según él dará mucho juego en su próximo film «Las luces de la ciudad».

Esta estrella con plumas, es un hermoso loro que atiende por el nombre de Polly. Charlot asegura que demuestra ser un artista conclensado y dócil...

Y muy barato. Por lo menos, no hay que comprarle brillantes...

El Mago de HOLLYWOOD

Las últimas escenas de «El Rosario de Plata»

Denison Clift filma actualmente las últimas escenas de su nueva producción «El rosario de plata». Esta es la segunda película que este conocido director produce por cuenta de la Bir. «El rosario de plata» ha sido la película destinada para que los conocidos «starts» Lillian Rich y Nigel Barrie, recientemente llegados de Hollywood, se presenten al público continental bajo la dirección de la Bip.

Cuando el amor viene...

Hay por el mundo una genticilla maliciosa que espía a los enamorados y que impone una elección, a veces contraria al gusto de uno y otro "partenaire". ¿Cómo llega el amor? ¿Por qué se ausenta? Misterio y complicación. Hemos creído interesante preguntar a algunos "stars" cómo llega a ellas el amor. No hemos preguntado, sin embargo, en qué circunstancias se fué de su lado...

Hubo un tiempo en que Rod La Rocque depositó sus ardientes homenajes a los pies de la morena Dolores del Río, lo que no fué óbice para que el susodicho La Rocque hiciera lo mismo al poco tiempo con la suave y serena Vilma Banky, cuyos dulces ojos tienen el maravilloso poder de curar.

Se encontraron en Hollywood con motivo de una comida ofrecida por Cecil B. de Mille. La comida fué de una intimidad encantadora; y, a los postres, a Rod le habían enloquecido los ojos de un azul intenso y la voz cantarina de Vilma.

Se volvieron a ver con frecuencia, dentro y fuera de la casa de la rubia artista. La novela terminó con un matrimonio.

La casualidad, que tantas existencias arregla y desarregla, hizo bien las cosas, al poner frente a frente a George O'Brien y Olive Borden para trabajar juntos en el film «Tres sublimes canallas». John Ford, su «metteur en scène», les presentó en el preciso momento de embarcar para un largo viaje a «Monjave Desert».

—¡El silencio del desierto, la melancolía de las montañas, el claro de luna por las noches ideales, todo ha conspirado—dijo Olive Borden—para hacer nacer nuestro amor! Nuestra camaradería estaba tan limitada por un estrecho círculo y George siempre estaba dispuesto a dejar que su corazón se inflamara.

Lenguaje poético, inspirado por los recuerdos de una pasión que debía florecer entre las ardientes arenas del desierto. Mas, he aquí la triste realidad de un viaje difícil y peligroso. El agua impura y el calor sofocante hicieron caer enfermos a todos los de la «troupe». Las ambulancias sanitarias conducían muchos artistas, entre los que se encontraba Olive como una de las más gravemente atacadas. George O'Brien an-

duvo millas y milles en busca de frutas frescas y agua de manantial para calmar la fiebre de su hermosa «partenaire».

Todo salió a maravilla. Se operó el milagro de la curación y luego se celebraron las bodas...

La acción fulminante no ha sido de rigor en lo que al matrimonio Ha-

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 165)



DOUGLAS FAIRBANKS
(Por José Soligó, de Barcelona)

roló Lloyd y Mildred Davis se refiere.

En muchos films, la joven Mildred fué la «leading lady» del brillante Harold; pero un buen día, desapareció. Algunos pretendían que había vuelto al colegio. Eso hubiera probado su extremada juventud o su gusto por la instrucción. Sea lo que fuere, Harold comprobó con pena que ninguna entre las estrellas le conve-

nía, por lo que decidió buscarla, consiguiendo encontrarla al poco tiempo y llevarla a la pantalla.

No hubo que esperar mucho para verles por la calle, en el teatro, en automóvil, siempre con Mildred y... Marie Mosquini. Era aquel un trío inseparable. Se empezaron a hacer apuestas—¿cuál de las dos?—, cuando, de repente, el anuncio oficial de la boda de Harold con Mildred fué conocido. Habían transcurrido dos años entre su encuentro y su unión. Harold había declarado infinidad de veces, que jamás se casaría con una «estrella» si ésta no renunciaba a la pantalla.

Pero Mildred, que se conformó en todo con la voluntad de su marido, volvió al Estudio. Sabiamente, el marido aceptó y esperó los acontecimientos, que no tardaron en llegar. Pronto las ambiciones de Mildred se resumieron en un lindo bebé que ligó para siempre el hogar a la rubia mamá. Paciencia y tiempo...

La historia de Richard Arlen y Jobyna Ralston es una verdadera novela. Hollywood siguió paso a paso, el desarrollo de este idilio que, según la buena tradición acabó también en matrimonio.

Richard, después de numerosas decepciones y ensayos infructuosos para conquistarse un puesto en el cine, decidió, un día, cambiar de carrera. Quiso ser panadero, cerrajero, hasta peón de albañil, todo menos artista de cine de cuya profesión no quería saber nada. Ya tenía tomadas todas sus disposiciones cuando el azar le deparó el encuentro con Jobyna Ralston.

Cambio completo de táctica. Richard Arlen, cayó en las redes del niño ciego y, desde aquel preciso momento, consintió excepto en abandonar el cine. En efecto: solicitó una plaza en «Alas» y le fué concedida. Tuvo necesidad de pasar cuatro interminables meses en Texas. Aquello era abominable pero lo hizo gustoso ya que Jobyna había consentido en casarse, a su vuelta de aquel estado.

Durante su ausencia, Arlen pasaba todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones en el teléfono. Y en esto estaban, cuando un buen día, recibió la noticia de que Jobyna estaba designada para jugar en el mismo film que él, el papel de novia. Nunca se interpretó un papel con más verdad, con más ardor amoroso, que este. Pero los intérpretes no pudieron, no quisieron aguardar la vuelta a sus respectivos lares para celebrar sus esponsales. Luego desaparecieron algunas semanas para ocultar su di-

cha y reaparecieron en Hollywood en plena felicidad.

Más movido que todos estos fué el matrimonio de Edward Sutherland con Luisita Brooks.

Esta recibió un papel en la obra «It's the old Army Game» de la que aquel era realizador. Primero se estableció entre ambos una profunda antipatía; pero no hay que fiar mucho de las antipatías violentas, ya que cuando empezó el film se iniciaron también los amores entre Lui-

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 166)



TOMASIN
(Por Antonio Juan Sabater,
de Barcelona)

sita y Edward. Decidieron casarse inmediatamente pero las circunstancias exigían un pequeño plazo. El fué llamado a Hollywood para dirigir a Wallace Beery y Raymond Hatton. Durante este tiempo, Luisita esperó en el Este, mientras rodaba «Marchond de beauté». Por fin, consiguió Sutherland encontrarla en New York; se necesitaban «lo menos» dos días para preparar los esponsales, pero la misma mañana de aquel bendito día un telegrama conminatorio llamaba a Edward a Chicago. No tuvo más remedio que acudir y dejar a su mujercita completamente sola.

Cuando terminó la película, pudo, al fin, reunirse con su marido. Después de todas estas peregrinaciones y contratiempos, Sutherland decía: «Para que mi mujer y yo vivamos juntos va a ser preciso cerrar los Estudios»

J. LHERIS

Lola, la chica de Hollywood

(Epistolario de una mecanógrafa de Cinelandia)

Chiquilla:

Me ha sucedido algo que tiene todas las trazas de un milagro. Abre bien los oídos y escucha cómo se ha lanzado tu Lola al reino de la plutocracia y es uña y carne con banqueros y corredores y toda clase de gente importante—«importantes» en este caso significa que tienen sacos y más sacos de dinero.

Dime, preciosa, ¿has oído tú hablar de cierto sitio donde le das a un hombre doscientos dólares para que los invierta a tu nombre y te devuelve después ochocientos? No, no es broma; y lo mejor es que tú no tienes que hacer nada para ganarte esos seiscientos. El sitio a que me refiero no es otro que la Bolsa, un mercado donde se pelean los «toros» y los «osos». Espérate: no te vayas a creer que la Bolsa está llena de animales... aunque te sorprenderá saber que hay también «corderos». Tú ves, los «toros» son los mozos de empuje que hacen subir las acciones; pero los «osos» son los que están a la suya y después de unas cuantas jugadas hacen de repente bajar los valores; y ¿quién te imaginas que son los perdidosos? Los «corderos», por supuesto. Me imagino que los llaman corderos por ser tan inocentes... ¿sabes?, confiados y crédulos como tú, Lola. Como ves, el triángulo animal consiste de los «toros» (individuos simpáticos, amables y liberales), los «osos» (los malvados, egoístas y tallados), y los «corderos» (los bobos, pero dichosos). Por lo que a mí respecta, se me figura que a muchos les gustaría que yo fuese «cordero... pero soy demasiado inteligente para eso, así es que tendré que volverme «toro»

Ahora comprenderás mejor lo que sigue de mi historia:

Tú ves, yo andaba algo escasa de monis, lo que es muy natural cuando una es joven y gastadora y bonita y elegante. Para ser franca, te confesaré que mi condición pecuniaria era tan lamentable que no tenía yo la menor idea de dónde saldría mi próximo vestido de baile. Lew Cody, que se interesa paternalmente por mí, observó las nubes de tristeza que ensombrecían mi semblante, y cuando le confió que sí es cierto que el dinero es la fuente de todo mal, entonces lo que me atraía era el mal; bueno, Lew me dijo: «Lolilla, yo te

prestaré un poco de dinero para inversiones y todas las ganancias serán para tí. ¡Te digo, chica, que casi me desmayo! Lew me dió trescientos dólares para invertir en valores, y aquí me tienes, con todo el resto de los bolsistas, esperando que sople para mí el viento de la Fortuna. Compré buenas acciones... baratas... lo malo es que mientras más baratas son, más tienes que esperar hasta que suban. Por supuesto que a veces la Suerte le juega a una cualquier mala partida, pero si todo sale bien,

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 167)



MARIA CASAJUANA
(Marta Alba)
(Por Juan H. Nadal,
de Barcelona)

podré echar pronto el dinero por la ventana.

Cody es una perla. ¿No te parece? No hay mucha gente tan buena y servicial como él en este pícaro Mundo, así, sin segunda intención. Es de lo más simpático. Yo quisiera solamente que Aileen Pringle lo dejase en paz alguna vez. ¡No, señor; siempre es él su héroe en las películas! La última vez que lo vi fué en «A puffetazos», y te digo que Lew es el mozo que viste mejor en Hollywood. Es el único hombre que conozco capaz de resultar fascinador en pijama... (no es que realmente lo sepa por experiencia propia... pero, querida, ¿para qué sirve la imaginación?)

Se despide con un beso tu futura millonaria,

LOLA

Lo que yo pienso de lo cómico y lo trágico

por CONSTANCE TALMADGE

Hay mucha gente cuya preocupación es convencer a todo el mundo de que juegan un importante papel en la comedia de la vida. Les gusta dar la impresión de que su cabeza está llena de pensamientos importantes y profundos, y sólo falta que el resto de la humanidad quiera tomarse la molestia de comprenderlos. Así, pues, siempre que se fotografían lo hacen «entre sus amados libros» y cuando hablan, emplean unas palabras tan elevadas, que la mayoría de las veces resulta poco menos que imposible comprenderlos.

Este no es mi sistema. Yo creo en la risa y en la alegría del vivir. Estoy completamente convencida de que la mejor obra es convertir la tristeza en alegría, dársela a los que carecen de ella.

Comprendo que no es fácil, pero se siente uno justamente orgulloso cuando triunfa en su empeño. ¿Por qué no probarlo? Nada de irrisiones ni de alegría sarcástica: la senufna risa que da salud al cuerpo y muestra la belleza del alma. De mí sé decir que esto es lo que he hecho toda mi vida: siempre riendo e intentando que los demás rían conmigo. Desde el tiempo en que Norma, Natalia y yo vivíamos en nuestra casita del Brooklyn, niñas todavía, he sido la alegría de la familia.

Me alegro de que haya sido así, pues ahora comprendo que la risa es tan conveniente como la luz del sol... y casi tan difícil de crear como ésta. Muchas veces nuestros juegos consistían en representar dramas, y entonces siempre era yo la que tenía el papel cómico. Siempre los he tenido. Era la única que podía sostenerme sólo con las manos, y aguantarme en una barra únicamente con los dedos de los pies como un verdadero gimnasta.

Más de una vez, en medio de los horripilantes dramas que Norma escribía y en los que era siempre la heroína, se me permitía un intermedio en el que lucía mis habilidades gimnásticas, y en las que nuestro pequeño público se reía a carcajada limpia. Esta concesión se me hacía con objeto de que después estuviese quieta y para compensarme el no poder hacer otros importantes papeles en aquellos grandes dramas, pues yo también quería ser la heroína, pero después Norma me prometió que sólo haría la gimnasia ante el público, si era buena y quería salir como su esclava, su doncella u otro papel por el estilo.

Desde aquellos tiempos dichosos, mucha gente me ha dicho que debería «emplear mejor el tiempo». ¿Por qué? El mundo debe tener sus mariposas, y yo soy una de ellas. Las mariposas también son útiles. ¿Cómo concebir un jardín sin ellas? Prefiero bailar, que leer algún libro mustio y viejo, prefiero reír a alguien a ganarme un collar de perlas por mi seriedad. Me gustan las fiestas, toda clase de fiestas, y nunca me canso de ellas, ni dejo que los demás se cansen o se aburran.

No quiero hacer papeles serios, ni en el cine, ni fuera de él. Nunca he sentido ni el más leve deseo de ser la heroína de alguna película trágica... lo dejo para Norma, que tan bien lo hace.

Muchas veces, se me dice que debería emplear el tiempo que tengo libre de una manera más seria de lo que lo hago, me aconsejan que estudie psicología o que haga algún bordado, o que coleccionase sellos, pero en vez de coleccionar sellos, colecciono amigos, y mientras están conmigo, me ingenio para que no se aburran.

No siendo sería ni por naturaleza, ni por instinto, no quiero que se crea que lo soy, ni quiero llegar a serlo. ¡Oh, no y mil veces no! Me gusta bailar, me gusta reír, podría bailar todo el día y toda la noche sin un solo pensamiento triste... porque no es posible bailar y estar triste.

Conozco todos los bailes, desde el

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 168)



LIONEL BARRYMORE
(Por Fernando Arasa Subirats,
de Tortosa (Tarragona))

«Virginia Reela» al «Black Bottom». Soy una de las pocas actrices cómicas que ha seguido siéndolo. Hay infinidad de muchachas que empiezan haciendo comedias en las películas, y en seguida hacen todo lo posible para que se las admita en los dramas.

Muchas chicas bonitas y de talento han empezado por las comedias, pero son muy pocas las que han permanecido fieles al género cómico. La comedia no es fácil, ni la mitad de fácil que el drama; es mucho más sencillo ser un gran trágico y dar a conocer toda la gama de emociones, que tener la justeza de expresión sin llegar a la chabacanería, requerida por el papel cómico.

En la comedia, el papel femenino tiene más dificultades que el masculino, pues la actriz no debe olvidar nunca la parte femenina de público. La experiencia me ha enseñado que lo que hace reír a las mujeres, hace también reír a los hombres. Si se atrae a las mujeres, se gana una también a los hombres, pues los hombres van siempre donde la mujer quiere.

Todo actor o actriz de comedia debe ser algo psicólogo, debe estudiar su público, sus costumbres, su idiosincracia. Me gusta la gente, toda clase de gente: joven, vieja, rica, pobre... pero no me gusta estudiar psicología; me analizo yo misma y este es todo el caudal de psicología que poseo.

La manía de coleccionar que muchos tienen, yo no la comprendo. Si algo debo coleccionar, será aumentando mi colección de muñecas. Tengo muñecas de todas partes del mundo; muñecas baratas, muñecas caras, muñecas de Rusia, de Francia, de España, del Japón, muñecas que andan, muñecas que hablan, muñecas que ballan. Muñecas y amigos... esto es lo único que colecciono.

Los dibujos de «La máscara de hierro»

Laurence Irving, joven inglés y nieto de Sir Henry Irving, partió para Nueva York después de haber terminado su labor en Hollywood, consistente en dibujar los cuadros de la próxima producción hablada de Douglas Fairbanks «La máscara de hierro». Mr. Irving se dirige a Londres.

Uno de los dibujos de Mr. Irving, que representa la ciudad y el palacio de San Germán, en Francia, en la época del reinado de Luis XIII, se construyó en uno de los mayores cuadros que se han hecho para las películas.

La realización de "El dinero"

Desde hace algunos años se han empezado a realizar películas y adaptaciones a la pantalla de las obras maestras de Emilio Zola. Cosa muy natural, si se tiene en cuenta que el autor de «Naná» encuadra todas sus novelas en marcos grandiosos, y sus páginas son pedazos de vida. Estaba seguro que un día la lámpara maravillosa del cine se proyectaría sobre su inmensa obra. Hemos visto Raquin y hoy vemos a otro «metteur» de gran talento, Marcel L'Herbier, inspirarse en la novela «El dinero» para producir un maravilloso film, editado por la casa «Cinermans - Films de France».

Quizá recordarán nuestros lectores que la decisión de Marcel L'Herbier hizo emborronar hace algunos meses mucho papel. Y es que, a propósito de «El dinero» había que plantear un arduo problema que se levantaba ante el «metteur». ¿Debía utilizar en la pantalla la novela de Zola, inspirándose en las costumbres y modas imperantes en el tiempo en que el novelista escribió su libro? Si adaptaba este punto de ver las cosas, debía, como M. Renoir en «Naná» hacer un trabajo retrospectivo. Sin embargo, M. L'Herbier no lo ha hecho así. Ha creído que sin separarse del fondo del libro y aun de las aventuras y personajes podía «rodar» «El dinero», simbolizando dicho dinero, pero en 1929, es decir en nuestro tiempo. Por lo tanto, en lugar de reconstruir la Bolsa tal como estaba hace treinta años, M. Marcel L'Herbier la ha tomado tal como está en la actualidad. En ella emplazó una cámara para la toma de vistas.

El espectáculo fué verdaderamente único. Se aprovecharon las fiestas de Pascua de Pentecostés para meter allí un millar o más de comparsas o figurantes, muchos de los cuales que conocían el trabajo bursátil, empezaron a ejecutar con toda propiedad operaciones diversas, claro es que ficticias, de compra y venta de valores. Marcel L'Herbier dictó sus órdenes, que los altavoces se encargaron de transmitir a la muchedumbre, y en seguida, como por encanto, aquello se convirtió instantáneamente en una Bolsa febril, agitada y clamorosa.

Si relativamente fácil fué el rodar la Bolsa no lo fué menos filmar las escenas que tuvieron lugar en la plaza de la Opera. En el escenario de «El dinero» la multitud espera angustiada noticias de un raid de aviación trasatlántico, de una auda-

moderno con tanta audacia como éxito.

Los principales actores protagonistas de «El dinero» son Alcover; Marie Glory; Brigitte Helm Ivette Guilbert; Henry Victor y Alfred Abel. Se recordará que la «star» Marie Glory fué descubierta por L'Herbier, y ésta no oculta su entusiasmo al rodar en este importante film:

—Me gusta extraordinariamente y desempeño con placer el papel que Marcel L'Herbier me ha confiado — dice con un aire de sinceridad que le sienta a maravilla — es un papel vivido, un papel real que me permite ser sincera sin esfuerzos. Al preguntarle si estudiaba sus papeles, ha exclamado:

—¡Ya lo creí! Y más de lo que usted se figura, Yo no echo toda la carne en el asador cuando creo un personaje, es decir, no saco todo el juego que llevo dentro, ya que es en el Estudio donde se crea verdaderamente el tipo que el asunto requiere. Es preciso desempeñar el papel por intuición. La espontaneidad es el primero de los dones, don precioso y fácil de conseguir con un «metteur» como M. L'Herbier, puesto que éste tiene la más persuasiva autoridad, sin rudeza, con una dulzura acogedora. Con él, mejor que con otros, me siento en condiciones de realizar la paradoja del comediante en la pantalla: «obedecer al creador, que es el «metteur» sin perder la personalidad.

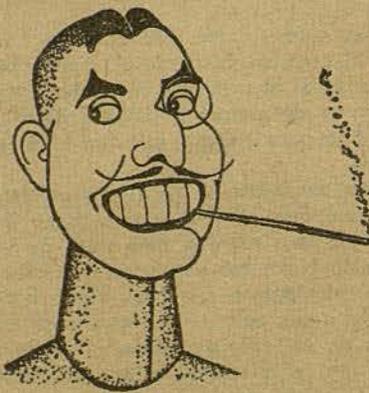
Marcel L'Herbier no trata más que de facilitar esta conciliación del arte.

Los gráficos de «Impiedad»

Para la máxima claridad de los diferentes hechos históricos que ocurrieron en la pasada guerra, los directores de esta película UFA recurrieron a la filmación de unos gráficos que exponen con gran precisión el curso de las ofensivas y contraofensivas que decidieron la victoria final de los aliados.

Estos gráficos sorprenden por su técnica maravillosa. Admirablemente confeccionados y filmados con habilidad extraordinaria, presentan al espectador el historial de los momentos culminantes de la guerra. Representan un avance en técnica cinematográfica de valor indudable, y en «Impiedad» ejercen un importante papel.

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 169)



ROY D'ARCY
(Por R. Mondragón, de Barcelona)

cia sin precedentes y permanece extasiada ante los transparentes luminosos de un gran rotativo parisién.

Cuando el público vió los haces luminosos despedidos por los «sun, lights» allí emplazados se apiñó de tal forma alrededor de los aparatos que casi impedía el trabajo de los operadores. Luego una tercera y grande escena fué realizada en el campo de aviación de Le Bourget.

Allí estaba el aparato de grandes raids del aviador Hamelin, que debía ir a Guya; aquí surgieron algunas dificultades, ya que se trataba de escoger un aparato fotogénico en cuanto al color, elegante en cuanto a la forma y, desde luego, capaz de volar bien; felizmente todas esas dificultades fueron vencidas. Y, por último, para la fiesta del dinero que se celebra en un maravilloso escenario con un decorado espléndido se han utilizado todos los recursos del arte

JOSEFINA DUNN, LA FAMOSA
ESTRELLA, LUCIENDO UN ORI-
GINAL ABRIGO...

AIME SIMON GIRARD, EL SIMPATICO
ACTOR FRANCES, Y LA MONISIMA
DANIELA PAROLA, EN UNA DELICIO-
SA ESCENA DE «LA PRINCESA DE
OPERETA», DE LAS SELECCIONES
GAUMONT DIAMANTE AZUL



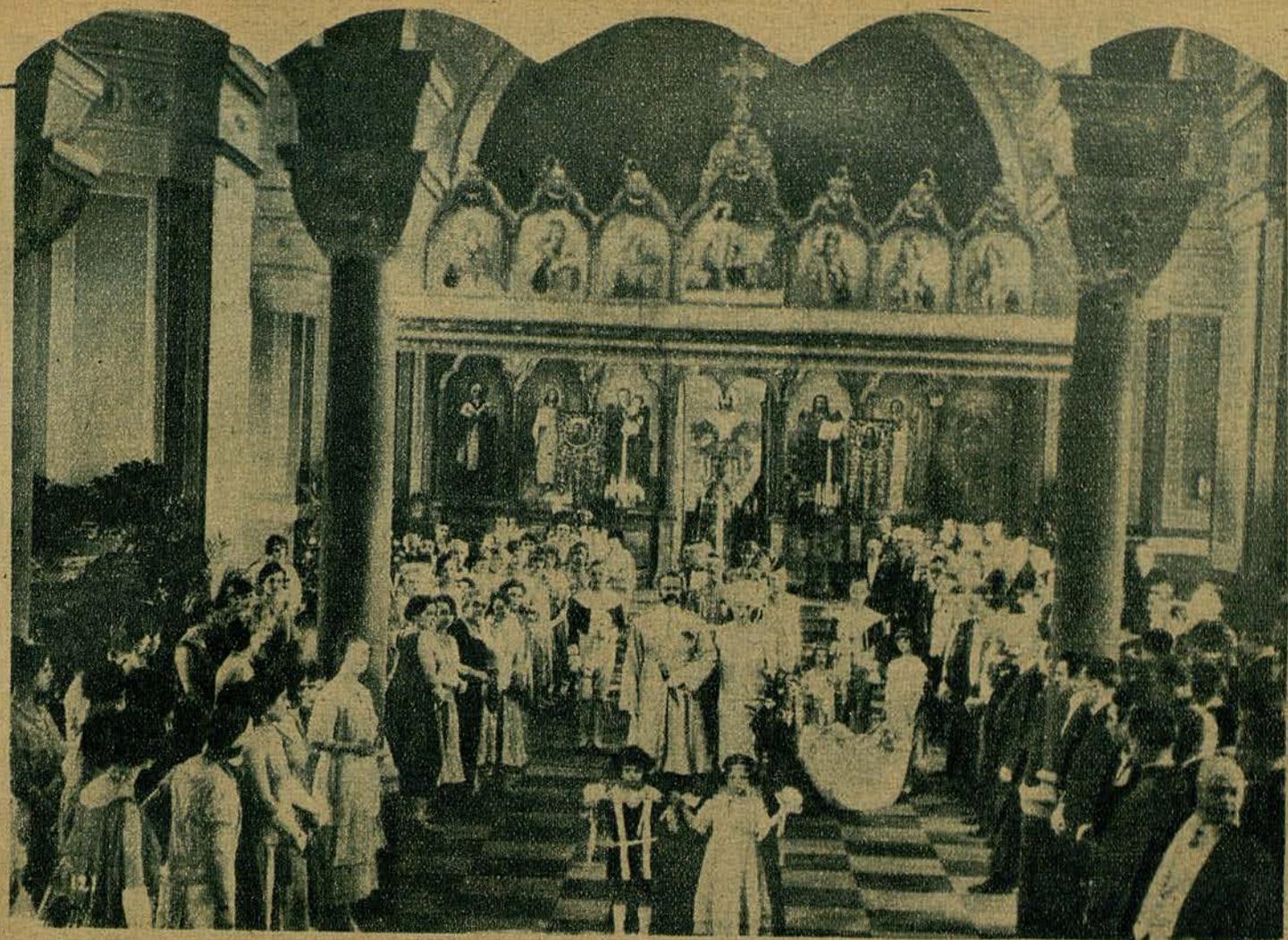
BELLA EXTRA DE HOLLYWOOD
PLIENDO LA LAUDABLE MISION DE
ENSENAR A LAS ESPECTADORAS DEL
CINE COMO SE LLEVARA EL PEINADO
FEMENINO EN LA PRIMAVERA PROXIMA



LA DELEBRE PANDILLA DE LA METRO,
DISPUESTA A HACER UNA DE LAS
SUYAS



EN «
DE
FILM
CAUM
AZUL
NA D
UN O



UNA BELLA ESCENA DE «LA TRAGEDIA DE RUSIA», HERMOSA SUPERPRODUCCION DE GRAN LUJO, SELECCION GAUMONT DIAMANTE AZUL



EN «EL CORREO DE NAPOLEON», FILM SELECCIONES GAUMONT DIAMANTE AZUL, LA CONDESA RIHA DE LIGNORO OBTIENE UN OLAMOROSO TRIUNFO



LA PRINCESA WHITEDEER, DE LA
TRIBU DE LOS SEMINOLAS, QUE
ABANDONO ESTA PARA DEDICAR-
SE AL ARTE MUDO, CAUSA LA AD-
MIRACION DE UNAS INDIAS AFRI-
CANAS...



ELISA KROLE, LA BELLA ESTRE-
LLA EN CIERNES, APARECIDA EN
EL HORIZONTE CINEMATOGRAFI-
CO DE ALEMANIA